

atreviéndose algunos á pasar el Estrecho, y guareciéndose en uno de los fondeaderos de Ceuta. La goleta de hélice *Rosalía*, que se detuvo en aquellas aguas, se perdió en la mañana del día 8, salvándose sus tripulantes milagrosamente, merced á los pronto auxilios con que fueron socorridos por un batallon del ejército. El temporal era tan terrible, que aun dentro de la bahía de Algeciras naufragaban al mismo tiempo el vapor *Santa Isabel*, nueve cañoneras y tres faluchos de nuestra armada.

La situacion del ejército de Africa vino á ser sumamente critica; pues quedaba completamente aislado en un país enemigo, é incomunicado por mar y por tierra con el resto del mundo; desprovisto de medios de subsistencia, dado que sus almacenes se hallaban en los buques, é imposibilitado de recibir auxilio por ninguna parte.

Los víveres que habia en Ceuta los necesitaba el primer cuerpo de ejército, que habia quedado en el campamento del Serrallo, y eran indispensables para el sustento de la poblacion de la plaza, y de cuatro mil enfermos y heridos que habia en ella. Suponiendo que se pudiera disponer de una parte de aquellos víveres, para conducirlos hasta Monte-Negron habria sido necesario emplear por lo ménos la mitad de las tropas que mandaba el general Echagüe, y sostener récios combates en el camino; pues los moros, desde el momento en que avanzó el ejército hácia Tetuan, se habia corrido por su retaguardia hasta la orilla del mar, cortándole la retirada y la comunicacion con Ceuta.

Las consecuencias de esta situacion se dejaban sentir ya el día 8, habiéndose tenido que enviar las acémilas á pastar en los valles cercanos al campamento, para suplir la falta de pienso. Los moros, que nos observaban, intentaron apoderarse de ellas, y con este objeto empezaron á presentarse algunos grupos en las alturas á la una de la tarde; visto lo cual por el general PRIM, que con el segundo cuerpo cubria el frente del campamento, mandó avanzar los batallones de Castilla y de Toledo y los cazadores de Alba de Tormes y Chiclana, para que ocupasen las posiciones más avanzadas, dejando en reserva y sobre las armas las demás fuerzas del mismo cuerpo.

Roto el fuego de nuestras guerrillas, contestó el enemigo, trabándose una lucha de corta duracion, y siendo dispersado por algunas granadas que mandó disparar oportunamente el General en jefe. Las tropas consiguieron recobrar unas cuantas caballerías de que ya se habian apoderado los marroquíes.

El temporal continuó arreciando todo el día 9, y las embravecidas olas del Estrecho arrastraban sin cesar, ó escupian sobre las playas de Ceuta, innumerables des-

pojos de buques naufragados. Nuestras tropas se encontraban ya sin más recursos que alguna galleta mojada y los mariscos que afortunadamente arrojaba el mar á la playa en cantidades prodigiosas. Los enfermos se morian en sus tiendas por falta de auxilio. Pero más que los hombres padecian los animales: muchos caballos y acémilas perecieron de hambre, despues de comerse unos á otros el pelo y las monturas.

En medio de todo, veíase al soldado español siempre animoso, chanceándose con su propia penuria, y solo lamentándose de un modo cómico cuando echaba de menos el tabaco.

Pero la situacion era harto séria para que no inquietase á los jefes; y aquella noche hubo consejo de generales para resolver lo que hubiera de hacerse. Tratóbase de la suerte de veinte mil hombres, que se encontraban atascados en un lodazal, azotados de dia y noche por el viento y la lluvia, sitiados á la izquierda por un mar embravecido, que no consentia la aproximacion de ningun buque, y amenazados á la derecha por el ejército enemigo, que aprovecharia la primera hora de bonanza para caer sobre ellos. Resolvióse, por consiguiente, que marchasen todas las acémilas á Ceuta en busca de víveres, debiendo ir escoltadas por algunos batallones al mando del general PRIM.

Arriesgadísima era la empresa y altamente honrosa para el Conde de Reus, en quien todo el ejército miró á su salvador, cuando al amanecer del dia siguiente se le vió montar á caballo y ponerse á la cabeza de la columna expedicionaria, resuelto á traer pronto socorros á sus compañeros ó perecer en el camino. Cuatro batallones de cazadores, la division de caballería y todas las mulas disponibles emprendieron la marcha en direccion á Ceuta. El resto del ejército presenciaba el desfile de aquellas tropas, como despidiéndolas, y como agradeciéndoles de antemano su sacrificio. El general PRIM, situado entre tanto en una altura, recibia las últimas instrucciones del Conde de Lucena, y habiéndose despedido de él, partió á ponerse al frente de la division.

El dia comenzaba á clarear, las nubes se entreabrian y el viento habia cesado; la mar continuaba, sin embargo, alborotada, y en toda la extension del horizonte no se descubria una vela.

En esto, y cuando ya la retaguardia de los expedicionarios distaba un tiro de cañon del campamento, gritó una voz:

— ¡Vapor, vapor!

—¿Hacia que lado?

—Dobla la punta de Ceuta.

Todas las miradas se volvieron hácia aquella parte.

“En efecto, dice un testigo presencial: se percibe un punto negro y [un poco de humo. ¡Es un vapor, no hay duda!—Los que tienen anteojos distinguen nuestra bandera.....

“Entónces, y solo entónces, echamos de ver que no corre viento alguno..... ¡Se acabó el Levante!..... ¡Se acabó en fin nuestro terrible enemigo!—¡La misma mar ha cedido un poco!..... ¡Alto la expedicion! ¡Viva la Marina española!—Generales, jefes, oficiales, soldados..... todo el mundo se encuentra sobre la playa. No hay co-razon que no levante al Cielo una accion de gracias íntima y silenciosa.

“Pero, ¡ay!, á lo mejor el barco desaparece..... ¡Nadie le vé ya por ningun lado!

—“¡No puede! ¡Se ha vuelto! exclaman veinte mil voces.—¡Oh! ¡qué momento aquel de desesperacion y agonía! Así pasa media hora.

“¡Nada; ¡se ha vuelto!....Ha encontrado la mar intransitable..... No hay otro medio que despachar el convoy.

—“¡No se ha vuelto! ¡No se ha vuelto! El vapor avanza..... gritan de nuevo los soldados.

“El vapor avanza..... Pero ¿por dónde? replican otros, sin atreverse á confiar de nuevo.—Viene pegado á la costa.....

“Era verdad. Una ilusion óptica habia impedido verlo mientras se destacaba sobre el promontorio del Hacho; pero el audaz y generoso buque se dibuja ya sobre las olas, airoso, altivo, solitario, adelantando siempre y rodeado de una ancha orla de ebullientes espumas.—Era el *Duero*, cuyo nombre vivirá siempre en nuestra memoria..... ¡Qué titánica lucha sostenia con la marejada! ¡Y qué arrogante venia, y qué orgullosa y contenta debia estar en aquel instante su heróica tripulacion!.....”

Este pasaje, escrito allí mismo, en aquel *Campamento del hambre*, como fué tambien denominado el de *Rio Azmir*; estas sensaciones, trasladadas al papel bajo la impresion reciente de los hechos, dicen de la manera más expresiva cuán triste debió de ser el estado del ejército de África durante aquellos dias de aislamiento y de angustia, y cuánta su alegría y su ansiedad al ver asomar sobre las agitadas olas el primer barco enviado en su socorro por la solicitud de la madre pátria.

Quando apareció el vapor, se suspendió por un momento la marcha de la divi-

sion expedicionaria que mandaba el denodado PRIM : cuando se ocultó á la vista de las tropas , estuvo á punto aquella de continuar su camino ; y por último , regresó al campamento , una vez adquirida la seguridad del próximo auxilio.

Entre tanto fueron apareciendo, en pos del *Duero*, otros buques, hasta diez y ocho, los cuales no tardaron en fondear delante de las playas del Rio Azmir, y en cuyos costados se leían las palabras : *harina, arroz, hospital de heridos, heno, cebada, hospital de enfermos, tabaco, tocino* y otros rótulos á cual más consoladores. El que despertó más vivo interés en todas las clases del ejército, era uno que decia : *Correo de España*.

III.

No pudieron los moros ver con ánimo reposado el oportuno socorro que llegaba á nuestras tropas, cuando quizá cifraban su esperanza en verlas perecer de hambre, ó al poder de sus armas luego que estuviesen extenuadas por la inedia; y proponiéndose estorbar el desembarque de víveres, ya que el dia, claro y magnífico, parecia convidarles á pelear, presentáronse á la una de la tarde, en número más considerable que de costumbre, y reforzándose continuamente, por las alturas más elevadas del frente de nuestro campo. En su dispersa formacion amagaban abrazar todas las posiciones de una cordillera que se extendia, en mogotes escalonados, desde la extrema derecha, hasta el rápido descenso que por la izquierda iba á parar en el rio Azmir.

Venian entremezcladas fuerzas de infantería y caballería; estas iniciando cargas y desplegándose en aislada correría, mientras aquellas sostenian un vivo fuego al abrigo de las malezas, bosques y matorrales.

Notada la presencia del enemigo, el general PRIM dispuso que el primer batallon de Saboya y otro de Córdoba salieran inmediatamente á ocupar las primeras posiciones del frente, como lo hicieron, estableciendo en ellas sus guerrillas y reservas, prolongándose por la izquierda hasta los pantanos que habia hácia aquella parte. Debian estas fuerzas secundar al primer batallon de Castilla, que oportunamente y á la orden del General, pasó á situarse en la vertiente interior de aquellas posiciones, y cargó denodadamente, arrojando de ellas á los marroquíes, y resis-

tiendo su empuje, hasta desalojarles de la tercera línea de montañas. Treinta y cuatro piezas de artillería enviaban, entre tanto, una lluvia de candente hierro á los musulmanes, obligándoles á salir en confuso tropel de los bosques y hondonadas donde se guarecían.

Miéntras las citadas fuerzas de la primera division, al mando del general Orozco, ejecutaban su movimiento por la izquierda y frente, la segunda, á las órdenes del mariscal de campo D. Enrique O'Donnell, maniobraba por la derecha, situándose el primer batallon de Toledo al extremo de las posiciones, con orden de no retroceder ni una línea: el segundo batallon permaneció más á retaguardia, hasta que, generalizado el fuego, marchó á incorporarse al primero, quedando en reserva los de cazadores de Chiclana y Navarra.

En esta disposicion, roto el fuego por ambas partes, engrosando cada vez más las fuerzas enemigas, é insistiendo en avanzar con osadía, no obstante las pérdidas parciales que habian sufrido, creyó el general PRIM llegado el momento de obrar enérgicamente: mandó tocar ataque, y repetida la orden en toda la línea, se dió una carga general á la bayoneta, llena de brio y de vigoroso empuje, arrollando nuestras tropas á los marroquíes, causándoles numerosas bajas y ocupando sus últimas posiciones, donde poco ántes se les habia visto concentrados, y por donde se notaba que recibian sus refuerzos. El mismo Conde de Reus marchó á caballo con su cuartel general á las posiciones avanzadas, y tuvo ocasion de presenciar cómo el regimiento de Toledo tomó la última de ellas, cargando cinco veces á la bayoneta y repeliendo á la caballería enemiga.

Las demás fuerzas avanzaron simultáneamente hasta dejar formada la nueva línea de batalla en las alturas conquistadas, manteniéndose en ellas sin que los moros se atreviesen á hostilizarlas. Entónces llegó un ayudante del General en jefe con la orden de que se emprendiese el movimiento de retirada, lo que ejecutó el Conde de Reus, escalonando los batallones de modo, que siempre protegidos y siempre sostenidos, entraron despues de anochecer en sus respectivos campamentos, como si regresáran de un pacífico simulacro. Fué digno de notarse que, durante esta retirada, el enemigo no disparó un solo tiro; prueba evidente de que habia recibido un sério escarmiento ¹.

¹ Además de las fuerzas que tomaron parte en la accion y que van arriba expresadas, jugaron con acierto una batería de montaña al mando del capitán D. Gaspar Goñi, otra del tercer cuerpo, y una seccion que avanzó á las posiciones al mando del comandante Lopez Dominguez. Tambien se presentaron dos escuadrones de coraceros al mando del brigadier D. Blas Villate, que no fué necesario emplear.

“En esta jornada, dijo el General en jefe en su parte al Gobierno, he tenido la satisfaccion de poder apreciar de nuevo lo que valen nuestras valientes tropas, dirigidas por generales tan acreditados como el Conde de Reus..... Siempre este el primero en el peligro, marchaba al frente de sus tropas, dirigiendo sus movimientos con su habitual serenidad y sangre fria.,

El dia 11 no se dejaron ver los moros, y nuestras tropas pudieron proveerse de víveres, aunque no en abundancia, por impedir su desembarque la braveza del mar, todavía bastante alborotado.

A las dos de la tarde del dia 12, comenzó á presentarse el enemigo por las posiciones del frente de nuestro campo; pero el escaso número de sus fuerzas, en un principio, indujo á pensar que sólo se proponian hacer un caprichoso alarde de su imprudente osadía.

El general PRIM, que en todo de lo que iba de aquel mes parecia destinado á llevar casi solo el peso de la campaña, mandó avanzar por precaucion los batallones de cazadores de Arapiles y Simancas, para que asegurasen las primeras posiciones, y que el resto de las fuerzas de la primera division formara en masas ordenadas en el descenso exterior de la trinchera, miéntras que la segunda division se ponía sobre las armas, por si llegase á ser necesario su concurso.

Roto el fuego por el enemigo, le contestaron las guerrillas que habian desplegado nuestros batallones, y se le dispararon algunas granadas, que produjeron magnífico resultado. Mas no por esto dejó de aumentarse el número de los musulmanes, que, como siempre, acudian, por decirlo así, al olor de la pólvora: y nutriéndose más el tiroteo, fué preciso emplear mayores medios de accion. El Conde de Reus previno entónces al general de division don Enrique O'Donnell, que con la de su mando marchase á ocupar las alturas de la derecha, con ánimo de cortar al enemigo por aquella parte, evitando que se corriese, y obligándolo á concentrarse en la hondonada del centro, donde, flanqueado por ambos lados, hubiera sido deshecho. Tal fué el excelente plan del general PRIM; pero las dificultades opuestas por la escabrosidad del terreno hicieron que los dos batallones de vanguardia de la division O'Donnell, cambiando de direccion, avanzasen extraordinariamente sobre la derecha: comprendido este movimiento por el enemigo, que aunque falto de táctica y de instruccion militar, tenia sin embargo el instinto práctico de la guerra, y su salvaje

La pérdida sufrida por nuestras tropas consistió en 2 jefes, 10 oficiales heridos y 4 contusos, y de las clases de tropa 13 muertos, 143 heridos y 73 contusos.—Parte del general PRIM, de 11 de Enero de 1860.

astucia, unida á un gran dominio de la estructura del terreno que pisaba, abandonó su primitiva línea y avanzó, reforzándose, por las elevadas posiciones del frente de nuestro campo.

En aquel momento, el general PRIM vió comprometida la fuerza desviada, mientras llegaban sus reservas á protegerla; y avanzando él mismo con su cuartel general, distrajo la atención del enemigo, dando tiempo á que aquella terminara con éxito su movimiento y adelantase la segunda brigada al mando del brigadier Hediger.

Uno de aquellos batallones, perteneciente al regimiento de la Princesa, ocupó el punto extremo de la línea para cargar de frente, y sobre su derecha se destacó el de cazadores de Alba de Tormes, á fin de que, atacando de flanco, se llenase el objeto que al principio se habia propuesto el General. Este movimiento se hizo al toque de corneta con brio y decisión. El enemigo fué batido y arrojado sobre la izquierda, quedando toda la segunda division dueña de las últimas posiciones de la derecha, y escalonada por columnas en masas, prontas á efectuar un cambio de frente, y en disposición de caer de flanco sobre los marroquíes, si estos se decidían á avanzar por el centro. Una batería de montaña á las órdenes del comandante Don José Lopez Dominguez acompañó en sus movimientos á dicha division.

Entre tanto previno el Conde de Reus que avanzase por la izquierda la primera division; pues habiéndose reconcentrado el enemigo con notable aumento de fuerzas, empezaba á molestar su proximidad: una brillante carga, dada por el batallon de Arapiles, lo deshizo y puso en fuga; con no menos arrojo y admirable orden cargó por la misma parte, más hácia la derecha, el de Figueras, y en posición más avanzada que este y entre ambos se situó el de Simancas. Arapiles adelantó en su marcha con gran ímpetu, ocupando la última altura de la extrema izquierda, que coronó con sus guerrillas, sosteniendo un fuego tenaz, juntamente con los cazadores de Llerena, procedentes del tercer cuerpo de ejército.

Estas fuerzas carecian de suficiente apoyo, pues tan impetuoso avance no habia entrado en los cálculos del general PRIM: tuvo este que hacer adelantar los regimientos de Castilla y Córdoba, situándolos en reserva conveniente, mientras daba orden á su escolta, mandada por el teniente Don Juan Emo, de marchar á colocarse en una posición avanzada, lo que ejecutó con presteza y grande arrojo, yendo á romper el fuego á la vanguardia de Arapiles.

Durante todo el tiempo de la acción permaneció el Conde con su cuartel general

en el centro de la línea avanzada, recorriendo los puntos principales y atendiendo á las exigencias de las operaciones.

La lucha se prolongó hasta muy entrada la noche, avanzando siempre nuestras tropas, y consiguiendo envolver á los marroquíes en una bien dispuesta celada, en la que los batallones de Arapiles y Llerena, conducidos por el mismo general PRIM, les dieron una brillantísima carga, persiguiéndoles hasta legua y media de distancia de nuestro campo.

“Si la noche no se hubiera echado encima, dijo el Conde de Reus en el parte de esta accion, el enemigo habria sufrido en su mismo campamento el empuje de nuestras bayonetas; pues llegué á dominar su posicion y verme con mis fuerzas á seiscientos metros de su extenso campo; pero agreste y cerrado el terreno que de él me separaba, muy avanzada la tarde, muy distante de mis trincheras, y apagado ya el nutrido fuego que se sostuvo por espacio de cuatro horas, emprendí la retirada sin la menor novedad, sin haber sido molestado en ella, entrando la tropa en sus tiendas á las siete y media de la noche.”

Las pérdidas del enemigo debieron de ser considerables: dejó en el campo cuarenta y siete muertos vistos, y se le hicieron cuatro prisioneros. En nuestras tropas solo hubo un muerto y ciento y tantos heridos y contusos, entre estos dos oficiales.

El dia 13 se pasó disponiéndose el ejército para la marcha, que debia emprender al terminar la noche siguiente. La mar estaba tranquila y se aprovechó esta circunstancia para proveerse abundantemente de víveres y municiones, y para embarcar los enfermos. Los ingenieros, entre tanto, improvisaban un puente de barriles sobre el rio Azmir, á fin de facilitar el paso de la artillería rodada, cuyos trabajos se continuaron por la noche á la luz de la Luna.

Las tropas, á pesar de hallarse aquel dia muy ocupadas en los preparativos de marcha, estaban poseidas de la mayor impaciencia: iban á traspasar la formidable barrera que las separaba del llano de Tetuan; el imponente *Cabo Negro*, que se levanta sobre el mar como una muralla cortada á pico, y se prolonga tierra adentro formando uno de los estribos de Sierra-Bullones; y era necesario asaltarlo de frente, buscando los desfiladeros más accesibles, y conquistando el terreno palmo á palmo, bajo los fuegos del enemigo. Seguros estaban nuestros soldados de vencer este nuevo paso de las Termópilas; pero tambien creian que los moros opondrian allí una resistencia desesperada; y abultándoles su imaginacion las dificultades en-

vueltas en el velo misterioso de lo desconocido, ansiaban el momento de arrostrarlas y resolver el enigma.

IV.

A las cuatro de la madrugada del día 14, ó sea dos horas antes de amanecer, al toque de diana batian tiendas las fuerzas del segundo cuerpo de ejército, designado por el General en jefe para tomar la vanguardia en el movimiento de avance proyectado, á fin de forzar el paso de las montañas que forman el *Cabo Negro*, facilitar la marcha del resto del ejército, y ocupar posiciones avanzadas que asegurasen en la situación de todo él; y despues de levantado el campo y de tomar el soldado algun alimento, dispuso el general PRIM que aquellas descendiesen á la playa contigua, para organizarlas en columnas ordenadas.

Dos horas despues, los diez y seis batallones de que se componia el segundo cuerpo, y algunas otras fuerzas que se le agregaron, estaban en movimiento, llegando ya su vanguardia al pié de las primeras colinas del empinado promontorio. Con la primera division, al mando del general Orozco, iba una compañía de Ingenieros y una batería de montaña. La segunda division, á las órdenes de D. Enrique O'Donnell, cerraba la marcha, organizada en el mismo órden que la primera, para seguir sus movimientos y protegerla en caso necesario. Entre ambas se situó el Conde de Reus con su cuartel general, para estudiar el terreno y dirigir las operaciones, siguiendo á su altura un escuadron de húsares de la Princesa, otro de lanceros de Villaviciosa y dos compañías de Artillería de montaña.

El General en jefe y su cuartel general pasaban en aquel momento el puente de barriles, al mismo tiempo que emprendian la marcha el tercer cuerpo y el de reserva, la artillería rodada y los equipajes. Parte de la escuadra se dispuso á emprender tambien su movimiento, paralelo al de las fuerzas de tierra, para doblar el cabo, y entrar en la ensenada de Tetuan; pero no llegó á efectuarlo.

Entre tanto los moros, que habian notado ya el avance de nuestras tropas, empezaban á correrse por las montañas de la derecha, en direccion al Sur.

La division Orozco logró penetrar felizmente en el único desfiladero, formado por las dos pendientes más accesibles del promontorio, que era un verdadero antro,

sumido entre escabrosidades y asperezas, casi impenetrable por su frondosa veje-tacion y agreste conjunto. No fué obstáculo, sin embargo, para nuestros batallones la barrera imponente que en aquellos sitios presenta la naturaleza con toda la se-veridad de la más salvaje rudeza ; y ocupadas las primeras posiciones, venciendo la resistencia que en ellas opuso el enemigo, tenaz como siempre, aunque no muy numeroso en aquel paraje, quedó asegurada la primera línea.

El general PRIM dispuso entónces que avanzasen las tropas, y en tal momento empezó una série no interrumpida de combates y triunfos, arrollando con intrépida bravura cuantos obstáculos se presentaban, y escalando con admirable presteza é incansable perseverancia el indescriptible dédalo de elevadas cumbres, que en conti-nuada alternativa, y separadas por profundos barrancos, se extendian por do quiera que alcanzaba la vista. Todo cedió al ímpetu de nuestras valientes tropas; y do-minadas las últimas crestas de las más elevadas posiciones, apareció á sus piés el ameno valle de Tetuan, al paso que, desplegadas al viento las banderas de los bra-vos batallones de Castilla y de cazadores de Simancas, se veia ondear muy alta la gloriosa enseña de nuestra pátria.

Frente á la izquierda, y sobre un mogote que presidia la salida al valle, se le-vantaba un reducto de fortificacion pasajera, perfectamente guarnecido : contra él disparó sus tiros la batería de montaña del quinto regimiento, mandada por el comandante Lopez Dominguez, molestando con ellos á sus defensores.

Momentos despues llegó á aquellas alturas el General en jefe, que no pudo ménos de entusiasmarse en vista del feliz éxito alcanzado por la primera division, y del magnifico espectáculo que presentaban sus fuerzas coronando las crestas de la montaña. Toda la cordillera, que en mogotes alternados se extiende en forma de herradura, desde el elevado picacho que la limita sobre el mar, hasta otro no ménos prominente que descuella por la derecha y domina las posiciones de aquel costado, se hallaba ocupada por nuestros batallones, en el órden siguiente : sobre la extrema izquierda se veia el batallon cazadores de Figueras ; seguia luego el segundo de Castilla, y á continuacion el primero de Córdoba. Por la derecha, y ocupando tambien las pendientes y elevadas cumbres que determinan por aquella parte la intrincada red de cañadas y precipicios que se habian vencido, descollaban los batallones primero de Saboya y segundo de Córdoba; y sucesivamente, prolon-gándose por la cima de las alturas, los de cazadores de Simancas y Arapiles.

Para tomar estas posiciones, que aseguraban el paso al resto del ejército, habia

sido necesario luchar terriblemente con la naturaleza y con los hombres, sosteniendo continuos y encarnizados combates; pues los moros no habian cesado de presentarse en actitud hóstil y vigorosa; tanto, que hubo momentos de vacilacion, en los cuales el general PRIM necesitó desplegar toda la energía de su indomable carácter para sostener á las tropas en su movimiento de avance. Aquella difícil operacion, no sólo tuvo el mérito de la audacia en acometerla y del valor para arrostrar los peligros, sino tambien el de la habilidad estratégica con que fué llevada á cabo, siendo preciso estudiar y hasta adivinar la configuracion interior de la montaña en el acto y sobre el terreno del combate. Así es que, más tarde, el mismo General se gloriaba del paso de *Cabo-Negro*, considerando este hecho de armas como superior á otros por los que fué justamente celebrado.

—“En Castillejos y en la toma del campamento de Tetuan, decia, cerré los ojos y me arrojé á morir, es cierto; pero lo que hice, *no pude menos de hacerlo*: en Cabo-Negro no era menor el peligro; pero *hice lo que quise hacer*.”

Para asegurar las posiciones conquistadas, y librar en parte al soldado del mortífero fuego que no cesaba de hacer el enemigo, el Conde de Reus dispuso que los ingenieros abriesen trincheras. Mientras esto se efectuaba, empezaron á presentarse por la extrema derecha los marroquíes en número considerable; por lo cual, habiendo fijado la atencion de las tropas con un toque de corneta de antemano convenido, se trasladó el Conde, seguido de su cuartel general, al punto amenazado, previniendo que marchase á tomar posicion por aquel mismo flanco la tercera compañía de Artillería de montaña, al mando de su capitán Azcacibar, y que apoyaran el movimiento las fuerzas de la segunda division, que, libres ya del paso de la cañada, se encontraban disponibles para seguir las operaciones.

La llegada del general PRIM fué muy oportuna; pues el enemigo, en crecidísimo número, trataba de forzar las posiciones de la derecha, y sostenia un certero y bien nutrido fuego, que nos causaba muchas bajas. Diéronse á sus órdenes varias cargas con grande arrojo, y la infantería marroquí se vió rechazada al segundo escalon de la cordillera; pero allí se rehizo, y empezó un nuevo combate, en que los batallones de cazadores de Simancas, Chiclana, Arapiles y Alba de Tormes, y los de línea de Córdoba, Saboya, Toledo y Princesa, guiados por sus respectivos jefes, sostuvieron con honra su mision, atacando bizarramente á la morisma, rechazándola y haciéndole huir en apelonado monton por las vertientes y cañadas que circuian su emplazamiento. En él se establecieron nuestras victoriosas tropas; y observando

que el enemigo se organizaba de nuevo en el escalon inmediato, reforzándose con numerosa caballería, cargaron impetuosamente un batallón de la Princesa, el de cazadores de Simancas y cuatro compañías de Chiclana, yendo á la cabeza del primero el general D. Enrique O'Donnell: los moros fueron arrollados y repelidos hasta las últimas colinas descendentes de la montaña.

El terreno se presentaba allí más llano, pudiendo maniobrar la caballería, y el enemigo quiso aprovechar esta circunstancia, acumulando al efecto todas sus fuerzas de ambas armas. Para rechazarle, dispuso el general PRIM que los escuadrones de Villaviciosa y de Húsares tomasen posición, haciendo avanzar al mismo tiempo cinco batallones. Ya estaban estas fuerzas en los puntos que se les habían designado, y aguardaban impacientes la señal de acometer; pues veían la inmensa multitud de ginetes marroquíes que adelantaban hácia ellas con grande arrojo, formando semicírculo y amenazando envolverlas. El mortífero plomo silbaba en torno ó venía á estrellarse á los piés de nuestros soldados, que atentos á la voz de mando, apenas podían contenerse, dirigiendo, lo mismo ellas, que los jefes y oficiales, miradas interrogadoras al Conde de Reus, único, entre todos, que permanecía impassible, observando con calma estóica los movimientos del enemigo; y como advirtiese la inquietud de cuantos le rodeaban, volvióse hácia los que componían su cuartel general, y les dijo:

—No es ocasión todavía. Esperad que el ala izquierda llegue á la colina.

Pocos momentos despues, la corneta de órdenes dió el toque de ataque general, y lanzándose á la bayoneta los batallones de primera línea, y cargando la caballería española, cayeron con ímpetu irresistible sobre los atribulados musulmanes, que, rotos y dispersos, arrojaban las armas para salvar la vida, y emprendían precipitadamente la fuga, sin cesar de ser perseguidos hasta la última loma del descenso á la llanura de Tetuan.

“Con este notable episodio, decía el parte dado por el general PRIM, terminó la gloriosa jornada de aquel día; que gloriosa puede con honra llamarse, para las armas de este segundo cuerpo, la no interrumpida cadena de ventajosas posiciones que adquirió, siempre luchando, siempre venciendo, y siempre dominando con su valor y sufrimiento los obstáculos que la naturaleza y los hombres les oponían. El reducto que por nuestra izquierda se ostentaba, cayó en poder del batallón cazadores de Figueras y cuatro compañías de Córdoba, que valientemente se hicieron dueños de él, obligando á sus defensores á abandonarlo; de manera que no